



Eleonora Giovio

**EL EFECTO
MOU
RINHO:
TIERRA QUEMADA**

Prólogo de **Enric González**

Eleonora Giovio

EL EFECTO MOURINHO: TIERRA QUEMADA

Prólogo de
ENRIC GONZÁLEZ

la esfera  de los libros

Primera edición: octubre de 2013

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Eleonora Giovio, 2013

© Del prólogo: Enric González, 2013

© La Esfera de los Libros, S.L., 2013

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Teléf.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9970-968-0

Depósito legal: M. 24.410-2013

Fotocomposición: Creative XML, S.L.

Impresión: Rigorma

Encuadernación: De Diego

Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

Prólogo

1. Antes de empezar...
2. «Yo soy José Mourinho»
3. «El Mourinho A se comió al Mourinho B»
4. El Mourinho más íntimo
5. «Es un reloj suizo»
6. ¿Te quieres venir en mi avión privado?
7. «Ser líder es mi trabajo»
8. El control del club
9. Lo que diga Mourinho
10. Valdano y sus amigos
11. «You look like Steven Spielberg»
12. «Yo soy todo equilibrio»
13. La fragmentación del vestuario
14. Los castigos de Mourinho
15. «Se fue jodido»

*A Amaya, Lino, Willy, Quique y Trini,
por aguantar mis delirios y porque siempre estáis.*

Prólogo

El fútbol parece moverse dentro de ese espacio estrecho y efímero que llamamos presente o ahora. Creemos que solo vive en el momento actual y solo depende de lo inmediato: el próximo gol, el próximo resultado, el próximo fichaje.

Se trata de una percepción falsa, tan falsa como la que tenemos los humanos de nuestro propio presente. Lo actual, lo que ocurre en este instante, resulta tan escurridizo que se nos escapa atrás en el tiempo antes de que podamos señalarlo. El presente es, en realidad, una gigantesca fábrica de pasado. Y es el pasado lo que nos define, igual que al fútbol.

Los grandes clubes, los grandes partidos y los grandes hitos del fútbol son especiales porque los vemos en perspectiva. Cuando se enfrentan el Real Madrid y el F. C. Barcelona, o la Juventus y el Inter, o el Manchester United y el Liverpool, consideramos que el acontecimiento es notable más allá de la posición de cada uno en la tabla o del nivel de la eliminatoria; incluso quien no conoce la historia de esos clubes sabe que la importancia del partido procede de otros encuentros anteriores, de viejos éxitos y viejos agravios que produjeron lo que percibimos ahora.

La historia del fútbol es abundante en pasajes trascendentales. Las cosas no serían exactamente como son si en 1930 el técnico del Arsenal, Herbert Chapman, no hubiera pensado que su equipo debía jugar con tres defensas y alas móviles, que los jugadores habían de llevar un número y que el balón debía ser de color blanco; nada iba a ser igual, aunque no se supiera entonces, después del 27 de septiembre de 1953, cuando Alfredo Di Stefano debutó como madridista en un partido de liga frente al Racing de Santander, o después del 28 de octubre de 1973, cuando Johann Cruyff vistió por primera vez la camiseta azulgrana

ante el Granada. Nada sería lo mismo si Marinus Michels no hubiera llegado en 1965 al vestuario del Ajax. El Bayern quizá seguiría siendo el pequeño club regional que era antes de fichar, en 1959, a un chaval de catorce años llamado Franz Beckenbauer. Tal vez Maradona no habría marcado su gran gol a Inglaterra si no hubiera visto al gran Ricardo Enrique Bochini marcarle uno muy parecido a Peñarol, diez años antes.

También hay en la historia pasajes turbulentos. Entre ellos, pocos tan dramáticos como el que comenzó el 31 de mayo de 2010, cuando el club de fútbol más importante del siglo xx anunció que se ponía a las órdenes de un técnico especial y carismático. La colisión entre el Real Madrid y José Mourinho duró tres años que parecieron treinta, porque se observó al ralentí, segundo a segundo, detalle a detalle. El largo crujido del choque se escuchó en todo el planeta. Extraídos y separados ya el uno del otro, con el escenario del impacto lleno de heridas y de asombro, queda una incógnita: ¿por qué ocurrió el desastre?

Las consecuencias se conocen. Mourinho abrió en el madridismo una fractura muy superior a la causada por los difíciles relevos de Di Stéfano y Raúl; una fractura comparable a la que divide el barcelonismo entre cruyffistas y anticruyffistas. Mourinho tensó las relaciones entre el Real Madrid y la prensa hasta límites nunca conocidos. Reventó las estructuras institucionales del club, avivó hasta el dolor las rencillas con el F. C. Barcelona, enturbió el ambiente en la mejor selección que ha tenido España, desafió a los árbitros, destruyó futbolistas, dejó una huella de furor en la imagen blanca. Y, mientras tanto, protagonizó varios episodios de grave ridiculez. Pero también encarnó la rebelión contra la hegemonía azulgrana, mostró que existía una alternativa al fútbol hipercontrolado y casi tántrico de cuño barcelonista, apeló a la rabia del madridismo y generó unas emociones profundísimas en la grada. Podría decirse que, a su llegada al Real Madrid, José Mourinho incorporó al fútbol el con-

cepto de «guerra total». Nadie quedó a salvo. Cualquier recurso era válido para perseguir la victoria, y cualquier derrota servía para esgrimir agravios (reales o inventados) y estimular hasta la ferocidad las ansias de revancha. Cualquier incidente resultaba de una intensidad insoportable. La guerra era total y eterna.

Con la polvareda del choque ya disipada, y con una rivalidad personal, la desarrollada entre José Mourinho y Pep Guardiola, que parece destinada a prolongarse para siempre, en distintos escenarios y bajo diferentes colores, urge resolver la incógnita. ¿Por qué ocurrió lo que ocurrió?

El libro de Eleonora Giovio ayuda a encontrar respuestas. Y aviva la memoria, tan reciente y de aspecto tan lejano, de uno de los episodios más ruidosos, terribles e interesantes de la historia del fútbol.

Pasen y lean.

ENRIC GONZÁLEZ

1. Antes de empezar...

Llevo ocho años cubriendo la información del Real Madrid y los tres de José Mourinho me han parecido diez. De lo largos, intensos y agotadores que se me han hecho. Entrenados también, desde luego. He vivido las épocas de Fabio Capello, Bernd Schuster, Juande Ramos y Manuel Pellegrini. Nadie tenía la personalidad arrolladora de Mourinho. Capello resultaba un borde, Schuster llegó a marcharse un día de la sala de prensa a los tres o cuatro minutos porque decía que estaba cansado y quería irse a dormir. Juande Ramos se cortó las uñas en el banquillo en pleno partido con una de esas tijeras gigantes que usan los médicos para cortar las vendas. Hasta ahí llegaron sus peculiaridades. Mourinho era un volcán: un bombardeo constante de gestos, frases, declaraciones, provocaciones, mensajes encubiertos, de «yo más». Me preguntaba a menudo si era necesario tener que hacerme eco, por decirlo de alguna forma, de sus quejas arbitrales, de sus quejas a los recogepeletas de turno o de sus recados a gente del club y a otros entrenadores. No se hablaba de fútbol casi nunca con él. Y era fútbol, era el Real Madrid, un campeonato y una Champions por jugar, un balón, unos jugadores, unas tácticas, un sistema de juego, unas sustituciones, unos planteamientos, unos entrenamientos, unos métodos de trabajo. «No es hacerse eco de nada; es noticioso y hay que contarlo», me repetía mi jefe de entonces. Todavía recuerdo la bronca monumental que me echó el día que los medios organizamos el plante en Valdebebas (la ciudad deportiva del Real Madrid) en la víspera de un clásico. Estábamos cansados de que Mourinho no cumpliera con sus obligaciones; y salir a dar la rueda de prensa era una de ellas (la Liga de Fútbol Profesional, de hecho, ha aprobado este verano la norma por la que, igual que en Champions, es obligatorio que el

primer entrenador se siente delante de los medios en las previas y los pospartidos; y si no lo hace, será multado). Fui de las pocas que no llamó a su jefe ese día para pedirle permiso para abandonar la sala de prensa. Consideré que había que hacerlo y punto. «Es la primera y la última vez que haces una cosa así. Llegas a consultármelo y te ato a la silla de la sala de prensa. Es tu obligación de periodista quedarte y contar lo que escuchas y lo que ves. Esté Mourinho o esté Karanka». Glup. Y luego resultaba, según los mourinhistas, que los redactores cumplíamos ordenes de arriba, de grupos editoriales, para derribar a José Mourinho. ¡Lo que he tenido que escuchar en estos tres años! ¡Si yo era una simple reportera que seguía el día a día del Madrid!

Pero es que el nivel de división que se creó en los tres años de banquillo del técnico portugués era tal que si le criticabas es que le querías echar por orden de un jefe que seguía no se sabe qué campaña o porque querías influir en el club. Para algunos criticar a Mourinho era no defenderle a muerte, no reírle las gracias, hacerle preguntas *incómodas*, contextualizar lo que decía, recordar lo que había dicho una semana antes. Había gente que me decía: «¡Te ha hecho campeona de Europa con el Inter y ahora te pones a darle palos. Qué rápido te olvidas de las cosas!». Como si tuviese que actuar como una hinchada más. Aparte, ¿qué era eso de darle palos? Yo hacía mi trabajo. Y me irritaba sobremanera que en ocasiones no me dejaran hacerlo. Era realmente agotador ir a las ruedas de prensa, levantar la mano y que no te dieran turno de palabra. Pero no una, no dos, no tres veces. Hubo temporadas en las que me pasé un par de meses sin poder preguntar. Levantaba la mano, el jefe de prensa me decía sí con la cabeza, apuntaba mi nombre, o hacía que lo apuntaba, pero no me daba el micrófono. «Erais muchos hoy», me contestaban cuando me quejaba. Y sin embargo, algunos empleados llegaron a contarme que antes de que saliera Mourinho a la sala de

prensa, los responsables de comunicación decidían quién podía preguntar y quién no y quién tenía que hacerlo primero. No entendía dónde estaba el problema, si luego Mourinho contestaba lo que le apetecía, era él el que tenía la sartén por el mango. Era él el que me decía que mis preguntas tenían una connotación negativa o que si estaba insinuando que Pepe (cuando lo del pisotón a Messi, por poner un ejemplo) era un mentiroso, que asumiera las consecuencias.

Cada vez que había previa de partido, subía la cuesta de Valdebebas —hay un caminito para acceder a la sala de prensa y al campo de entrenamiento del primer equipo— pensando «a ver quién sale hoy a hablar», porque eso se sabía una hora antes, o menos, mirando la web del club; y cuando a Mourinho no le apetecía sentarse delante de los medios, mandaba a su segundo. Y pensaba también: «A ver si hoy me dan turno». Era un cachondeo tal que cuando la azafata me daba el micrófono me llegaban mensajes de compañeros diciendo: «¿Todavía te acuerdas de cómo se hace una pregunta?».

Era para tomárselo a risa. Sí. Y sin embargo he vivido momentos de tensión. La que se había generado con los clásicos del primer año. La que generaba Mourinho. Me parecía demasiado. Era fútbol. Pero ya estaba todo polarizado, los mourinhistas y los antimourinhistas. Como si fuera la guerra. Si le criticabas y no le reías las gracias, eras anti. No sé a cuánta gente he bloqueado en Twitter estos tres años. Había algunos que se dedicaban a ver las ruedas de prensa en directo solo para insultar a los periodistas por las preguntas que hacíamos. De locos. Sé que Twitter no es el mundo real, pero el insulto gratuito estaba de moda. Durante un tiempo decidí no escribir nada del Madrid en las redes sociales para que no me insultaran. Pero daba igual. Lo hacían por lo que escribía en el periódico. Me invitaban a volverme a mi país, a ir a la cocina a fregar, se preguntaban ante quién me había tenido que arrodillar para tener

trabajo y un sinfín de lindezas más. No me había pasado nunca. Y Twitter ya existía con Manuel Pellegrini y Juande Ramos. Se ve que era el efecto Mourinho. El caso es que hubo épocas en las que me daba miedo ir al estadio, miedo a los insultos y a que alguien nos diera una bofetada. Un día, antes de una asamblea de socios compromisarios (septiembre de 2011) me quedé paralizada al cruzar la calle con Antón Meana, compañero de Radio Marca. Paró un coche, escuché a gente chillar y pensé: «Ya está. Otra vez con los insultos. Ahora bajan y nos pegan». En realidad estaban gritándole a otra gente no sé qué de dónde estaba el *parking*. Lo pienso ahora y me resulta una tontería, pero ha habido momentos en los que he pasado miedo. Irracional, pero miedo. Salí de esa asamblea, la del discurso más enfervorizado que le recuerde a Florentino Pérez, cogí un taxi camino a la redacción y recuerdo que le dije a mi jefe: «Nunca había escuchado a Floren hablar así. Tengo miedo». No entendía cómo podía haber tanta tensión alrededor de un deporte.

«Con la gracia que te hacía Mourinho cuando estaba en el Inter...», me repetían mis hermanos. Y era verdad. Pero porque me llegaba la mitad de las cosas. Un corte, dos. Algún vídeo con alguna respuesta o análisis sobre la prostitución intelectual. Yo estaba en Madrid. No vivía el día a día de Mourinho en el Inter. Hasta que lo viví cuando fichó por el club blanco. Y me di cuenta de que fue de lo más entretenido profesionalmente —al fin y al cabo era la persona más influyente en el fútbol—, pero también agotador. Nunca sabía si mentía, siempre había que interpretar a quién iba dirigido equis mensaje. Hasta que le pillas el punto y dices: «Ya no engaña a nadie». Me hubiese gustado sentarme a comer con él un día y charlar de fútbol. Reírme. Intercambiar opiniones. Ver cómo era realmente lejos de la adrenalina de la competición, de los focos, del personaje. No hubo manera.

Tanta es la trascendencia que ha tenido Mourinho en Madrid y en la Liga en estos últimos tres años que el fútbol español, y no solo el fútbol, ha gravitado a su alrededor. A sus incendios diarios, a sus declaraciones, a los conflictos que generó, a su forma de ser tan polémica y tan volcánica. Tan polémica y tan volcánica que llegó a incomodar a escritores, políticos, músicos, actores... Gente ajena al fútbol. Javier Marías, madridista confeso desde los siete años, escribió varios artículos sobre Mourinho. Los titulares hablan por sí solos: «Un chamán de feria», «Un triste que lo contamina todo».

«Sobre todo es triste, casi cenizo. Estamos acostumbrados a que los tremendos horteras de nuestras televisiones califiquen de *glamuroso* a cualquier individuo o individuo pedestres y más bien dignos de lástima. Aparte de espurio y erróneo, es un adjetivo devaluado. Que se pueda considerar *glamuroso* a Mourinho rebasa los límites de mi comprensión. Un hombre con un sempiterno gesto agrio y un injustificado desdén en la mirada; de una personalidad tan gris como sus feos trajes (en España se cree, extrañamente, que mostrarse avinagrado equivale a poseer una "personalidad fuerte"); que ansía la notoriedad y se complace en ella como si fuera un acofado o el jurado malasombra de todo concurso televisivo. Todo eso hace de él una figura deprimente y triste y poco inteligente, y lo peor es que esos atributos se los contagia a los jugadores», escribía en *El País* en octubre de 2010. En mayo de 2011 (el Madrid ya había caído en las semifinales de Champions contra el Barcelona y Mourinho lo había achacado a una supuesta conjura arbitral e internacional) Javier Marías recordaba lo que había ocurrido un 7 de junio de 1992. Era la última jornada de Liga, el Madrid jugaba en Tenerife; si ganaba se proclamaría campeón; si perdía y el Barça vencía, serían los azulgrana los que se llevarían el título. «Con 1-2 en el marcador, el Madrid marca un gol legal, que habría sido casi definitivo. El árbitro lo anula, por inexistente fuera de juego. Con-

tinúa el encuentro, el Madrid se mete dos goles en propia puerta (o uno y medio), la cosa acaba 3-2 y el campeonato vuela a Barcelona. Hoy se habría armado un escándalo. Entonces casi nadie mencionó el gol invalidado ni el Madrid se quejó. A los madridistas verdaderos nos pareció lo normal la actitud del club. El Madrid no se quejaba bajo ningún concepto. Si se le anulaba un gol injustamente, era un lance o un azar del juego y había que meter otro, eso era todo. Lo mismo en lo que respectaba a penaltis pitados o no pitados, a expulsiones rigurosas o injustificadas, a lesiones de jugadores fundamentales. El Madrid seguía atacando con diez o con nueve, no se daba por vencido, casi ni admitía un empate, sobre todo en su propio feudo. Sus entrenadores podían tener más o menos talento, pero solían saber dónde estaban y eran educados. Aquí no se buscan excusas, aquí no se protesta, se acepta la derrota cuando el otro ha sido mejor o la suerte no ha acompañado, se intenta el triunfo siempre, aunque se corra el riesgo de salir goleado; aquí nunca se siente uno vencido de antemano (...). Florentino Pérez tiene cuatro años más que yo. Ha asistido a lo mismo. Será un lince para sus negocios, qué duda cabe, pero está demostrando ser un hombre poco inteligente, para haberse entregado a un chamán de feria como Mourinho, alguien mucho menos inteligente aún que él. Un individuo que no sabe de fútbol y al que el Madrid le trae sin cuidado, que no tiene reparo en traicionar su centenaria tradición y en arrojar sobre él una mancha que se hará difícil borrar (...). Es un entrenador omnipotente, omnipresente y malasangre, un quejica que acusa a otros siempre, un individuo dictatorial, ensuciador y enredador, soporífero en sus declaraciones, nada inteligente, mal ganador y mal perdedor, y que, como dijo Di Stéfano, hace que el Madrid juegue "como un ratón" mientras el Barça juega "como un león"», escribía Marías. En junio de 2012 en una entrevista que le hizo Enric González en *Jot Down*, Marías reconocía que lo de Mourinho lo llevaba muy mal. «Cuando gana el

Madrid me alegro momentáneamente, porque es la costumbre de toda la vida, pero al cabo de dos minutos pienso: sí, pero... Pensaba que una de las cosas que se me quedarían intocadas sería el fútbol, y no. Sobre todo lo de Mourinho me es muy difícil. El fútbol pertenece más al terreno de la ficción que a otra cosa, tiene mucho que ver con una novela o una película. Como además es algo que casi todo el mundo comienza a vivir en la infancia, y por eso es tan intenso y se mantiene a edades casi provecas, quien más quien menos quiere creer que los de su equipo son los buenos, los nobles, los que ganan con caballerosidad y pierden con elegancia, los que no hacen trampas... Los madridistas siempre hemos tenido esa idea, quizá equivocada desde el punto de vista de un culé o de un colchonero, de que el Madrid gana mereciéndolo o procura que sea así. De pronto, en las actuales circunstancias, te das cuenta de que es imposible pensar que los del Madrid son los buenos. Es tan evidente que son los malos... No lo digo por los jugadores, que son buenos jugadores y en su mayoría deben de ser buenos chicos, pero resulta evidente que Mourinho es el villano de la función (...). Es muy mal actor, se le nota la falsedad en todo: cuando hace como que se alegra, cuando hace como que se cabrea... probablemente está todo muy estudiado y se le nota. ¿Por qué un club admite tener a un villano oficial como máximo representante cuando su tradición es, con razón o sin ella, la contraria? Por poner un ejemplo de ficción, es como si el Capitán Trueno en un momento dado de sus aventuras se hubiera convertido en un malvado, un chulo y en alguien que maltrata sin razón en lugar de defender a los débiles».

Para la expresidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, sin embargo, Mourinho era sensacional. «Soy de Mou a muerte. Ha conseguido demostrar que es el mejor entrenador del siglo XXI, porque además de entrenar, comunica. Sus ruedas de prensa nunca defraudan. Un partido puede tener trozos aburridos, pero las ruedas de Mou, nun-